

El largo camino del movimiento ecuménico

*José J. Alemany, S.J.**

La preocupación porque todos los seguidores de Cristo lleguen a vivir en la unidad que él deseó y pidió para ellos es una realidad difundida en todos los sectores del cristianismo actual, tanto si el pensamiento de la unidad va acompañado por el afán de alcanzarla como si suscita actitudes defensivas o recelosas. El hecho es que el ecumenismo, y todo lo que esta palabra conlleva, ocupa una parcela importante de la vida, las elaboraciones teológicas, las intervenciones jerárquicas y la praxis religiosa de las Iglesias cristianas, aunque existencialmente conozca intensidades muy distintas de presencia y realización, como consecuencia de una serie de factores de muy diverso orden.

No siempre ha sido así. Lo que ahora aparece como una adquisición firmemente consolidada es el resultado de un proceso que no cuenta más años que el siglo que pronto terminaremos. En sus comienzos, nadie hubiera podido creer que los cristianos divididos, y en tantas ocasiones mutuamente hostiles, iban a progresar tanto en el camino del encuentro y el reconocimiento mutuo. Si el camino se ha podido recorrer, es porque en él se han derrochado esfuerzos e

* Jesuita. Profesor Ordinario en la Facultad de Teología de la Universidad Comillas. Madrid

ilusiones; porque ha habido hombres que no se han desalentado ante obstáculos y oposiciones; porque algunas iniciativas, tras las cuales el creyente no dudará en vislumbrar el impulso del Espíritu, se han mostrado fecundas. Ha sido necesario superar una historia cargada de dolorosas acusaciones y malentendidos, sembrada también de víctimas. La meta todavía no está al alcance de la mano, pero indudablemente está más cercana que cuando el movimiento se inició.

Es instructivo lanzar una mirada hacia atrás desde el puesto de observación que no deparan los avances realizados. Ella nos permitirá reconocer y valorar sus etapas y vicisitudes. Desde este conocimiento será más fácil apreciar el lugar en que nos hallamos ahora y encontrar ánimos y modos para la continuación de la andadura.

Los comienzos misioneros

La actual situación del movimiento ecuménico se ha producido como resultado de la confluencia de tres grandes sectores o áreas, que sucesivamente han ido surgiendo como expresiones de una preocupación cristiana compartida por los temas que representaban e incorporando los mismos a la inquietud ecuménica. Hay que advertir que todos han tenido su origen y desarrollo en un ámbito protestante; sobre el papel ejercido por la Iglesia católica habrá ocasión de decir una palabra más adelante.

El primero de ellos es el que toca a la expansión misionera de las Iglesias, la cual, como es sabido, tuvo un crecimiento importante durante el siglo XIX. Política y geográficamente, se vio favorecida, por ejemplo, por la extensión del imperio británico a todas las partes del mundo o por la presencia colonial de los Países Bajos o la Prusia de Bismark en algunas regiones de Sudamérica, África y Asia sudoriental. Sobre la base que ofrecía la realidad geopolítica creció, en el nivel religioso, la convicción de que la evangelización exigía unir fuerzas y quizá disminuir, para favorecerla, la importancia asignada a las formulaciones dogmáticas y a las fronteras confesionales. El hecho es que las Iglesias encontraron en este marco formas de mayor contacto que llevaron, durante la segunda mitad del siglo, a la convocatoria de toda una serie de Congresos Mundiales sobre las Misiones. Justo en el vértice del cambio de siglo, en 1900, el de Nueva York fue el primero

designado como «ecuménico». Pero los historiadores coinciden en ver propiamente el comienzo del movimiento ecuménico en el celebrado en Edimburgo en 1910, con la considerable participación de 1,335 delegados; en su inmensa mayoría, desde luego, procedentes de países occidentales y cristianos.

En Edimburgo resonó por primera vez y con intensidad el tema del esfuerzo que era necesario llevar a cabo por la implantación de una única Iglesia de Jesucristo en los países de misión: semilla de un pensamiento que, extendido a todo el mundo, es hasta hoy centro y objetivo de los afanes ecuménicos. De la resonancia que encontró este principio de idea el enorme despliegue de encuentros regionales y sectoriales que siguió a aquella asamblea, con el mismo carácter durante la primera mitad del siglo XX. Fueron encauzados y coordinados desde 1921 por el Consejo Internacional de las Misiones, un claro antecedente y predecesor del Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI), en el que aquél quedó integrado en 1961. La última de sus conferencias mundiales ha tenido lugar en Salvador de Bahía, en 1996, bajo el título «Llamados a una esperanza: el evangelio en las diversas culturas».

La elaboración de cuestiones doctrinales

Con el fin de eliminar conflictos y facilitar la participación de algunas Iglesias recelosas, Edimburgo había excluido de su programa el tratamiento de cuestiones que, yendo más allá de las puras estrategias de la evangelización, tocaran ya puntos relativos al fondo de la fe cristiana y a su elaboración dogmática. Sin embargo, pronto se puso de manifiesto que esta postura era insostenible. ¿Cómo unirse para predicar el mensaje de Cristo si en el contenido de ese mensaje subsistían las mismas notables divergencias que habían conducido históricamente a las rupturas?

Movido por esta convicción, el obispo episcopaliano Charles Brent promovió con energía la creación de una conferencia pancristiana de carácter doctrinal que se ocupara de estudiar y confrontar tales cuestiones. La iniciativa fue objeto de una acogida favorable por parte de la mayoría de las Iglesias, e incluso la Católica pareció en algún momento dispuesta a participar en ella, hasta que Benedicto XV prohibió

una colaboración directa. Cuando, por fin, se llegó en 1927 a la institución de la Conferencia (más tarde Comisión) de Fe y Constitución (Faith and Order), con 439 representantes de todas las confesiones, Roma era la única ausente.

Desde entonces, este órgano y sus grupos de trabajo sectoriales han llevado a cabo una gran tarea en el fomento del conocimiento mutuo entre las Iglesias mediante la investigación y el diálogo sobre sus estructuras, sus elementos de identidad, los rasgos definitorios de sus concepciones eclesiológicas, la revisión del concepto de unidad y toda una serie de puntos doctrinales relacionados con éstos. Sucesivas asambleas mundiales, celebradas con regularidad, han acreditado ante los ojos de las Iglesias cristianas la seriedad y rigor teológico de las tareas y elaboraciones de la Comisión. La última de ellas tuvo lugar en Santiago de Compostela en 1993 bajo el título «Hacia la comunión en fe, vida y testimonio». Un relevante hito en este camino, tanto por el cuidadoso proceso de su preparación como por la resonancia y recepción posterior, fue la publicación de la «Declaración sobre Bautismo, Eucaristía y Matrimonio», de 1982, conocida como «Documento de Lima».

La atención a problemas sociales

Hubo que esperar algún tiempo hasta que se desarrolló en el marco de las inquietudes y colaboraciones ecuménicas una tercera área de trabajo, centrada en aspectos de la convivencia humana, la paz y el respeto a los derechos. Su fomento respondía, desde luego, a la creciente sensibilización mundial hacia estas cuestiones; pero, con mayor fuerza, a una doble constatación: a) que a los cristianos se les pedía un testimonio operante y unido con respecto a problemas que acucian, a veces dolorosamente, a la humanidad; y b) que ninguna aproximación que se limitara a versar sobre cuestiones doctrinales podía considerarse completamente satisfactoria si no incorporaba también un consecuente compromiso por la mejora de las condiciones de vida del hombre sobre la tierra.

Fue en la VI Asamblea mundial del CEI (Vancouver 1983) donde resonó con fuerza la demanda por la implantación de un «proceso conciliar» que implicara a todas las Iglesias en iniciativas a favor de la justicia, la paz y la conservación del medio ambiente. No sin discusiones

sobre la naturaleza del proceso —al que desde el principio se deseó dotar de un elevado grado de capacidad vinculante—, la idea fue ganando fuerza en los ámbitos cristianos, primero en niveles regionales, y crecientemente en otros más amplios. Al desarrollo espacial acompañó la incorporación efectiva y fructífera de Iglesias como la católico-romana y las ortodoxas, con cuya colaboración difícilmente se hubiera contado en otras circunstancias.

Esta dinámica se ha encontrado su expresión más espectacular y seguida por la opinión pública en la celebración de tres asambleas, dos de ellas con carácter europeo, y la tercera, intermedia en el tiempo, con alcance mundial. Basilea 1989 tuvo una llamativa participación católica, con la mitad de los 700 delegados nombrados por la jerarquía de esta Iglesia y la presencia de 30 obispos. Su documento final, con un diagnóstico de la situación en puntos muy concretos de índole sociopolítica y la propuesta de los pasos a dar para afrontarlos, obtuvo una inmensa resonancia: era la primera vez que representantes de todas las Iglesias de Europa emitían conjuntamente una declaración sobre la responsabilidad de los cristianos en torno al futuro de este continente. Seúl 1990 no logró, por diversas circunstancias, responder con la misma altura a las expectativas creadas. La antorcha ha sido asumida en último lugar por Graz 1997, que, teniendo en cuenta el cambiado mapa de Europa, puso su acento en el tema de la reconciliación. Son sólo las primeras etapas de un camino que está esperando una prometedora continuación.

La creación del Consejo Ecuménico de las Iglesias

Mientras estas tres poderosas corrientes de actuación compartidas por cristianos sin distinción de barreras confesionales seguían su curso, tenía lugar un hecho de trascendental importancia para la gestión, coordinación e impulso del movimiento ecuménico: la institución, en 1948, del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Ya diez años antes se había pensado, por parte de los organismos entonces existentes, que había llegado el momento de llamarlo a la existencia; pero el advenimiento de la guerra mundial obligó a interrumpir los pasos dados por la comisión designada al efecto. Hubo que esperar a la fecha indicada, en un escenario ya medianamente normalizado, para que la adhesión de 147 Iglesias diera lugar a su creación. Como criterio

definitorio de su identidad se adoptó el que ya se había establecido en las tentativas fundacionales anteriores: «El CEI es una asociación de Iglesias que reconocen a nuestro Señor Jesucristo como su Dios y salvador».

Requeriría muchas más páginas que las que podemos ocupar aquí dar cuenta de todo lo que ha supuesto la labor del CEI en los 50 años largos transcurridos desde entonces. Sin menoscabar nada de la autonomía, las dinámicas diferenciadas y las posturas doctrinales de las Iglesias miembros, se ha constituido en una entidad verdaderamente representativa de las iniciativas a favor de la unidad de los cristianos. Las iglesias encuentran en ella una plataforma institucionalizada, y con la autoridad que le confiere la aceptación de las que lo integran y el reconocimiento como interlocutor por parte de quienes no pertenecen al Consejo, para la cooperación, el intercambio y el trabajo por los intereses del ecumenismo. El número de Iglesias miembros se ha más que duplicado al término de estas cinco décadas. Sus siete asambleas generales (sumadas a la fundacional de Amsterdam 1948), desde Evanston 1954 hasta Harare 1998, con su notable emisión de documentos y su gran repercusión en los ámbitos cristianos, han sido sólo el culmen más llamativo de una ingente tarea de publicaciones, estudios, trabajo de comisiones sectoriales y muchas otras formas de impulso del reconocimiento y la aproximación entre las Iglesias. Algunas de ellas han quedado ya mencionadas en los párrafos precedentes como expresión de la labor del CEI en terrenos doctrinales o de relevancia sociopolítica.

La Iglesia católica ante el movimiento ecuménico

Llegados a este punto en el seguimiento del desarrollo del movimiento ecuménico, se hace preciso lanzar una mirada a la postura adoptada por la Iglesia católica a su respecto. Que no es indiferente cuál sea ésta, se hace patente primero por el directo protagonismo ejercido por ella en las rupturas y divisiones históricas, y en segundo lugar por el gran peso institucional y doctrinal que el catolicismo ostenta a escala mundial.

Me ceñiré al mismo tiempo en que nos hemos movido hasta ahora: el siglo XX. Sin ignorar actitudes benévolas de León XIII, que en

el mismo vértice del cambio de siglo había hecho del ecumenismo (tal como entonces se entendía y sin que la palabra tuviera carta de ciudadanía) una línea directiva de su pontificado, los cinco primeros decenios están marcados básicamente por dos posturas oficiales: el deseo, reiteradamente manifestado por Roma, de que los «disidentes» regresen al seno de la verdadera Iglesia para participar en la plenitud de los bienes que desde la división habían perdido, y la multiplicación de prohibiciones a los católicos para participar o colaborar de cualquier forma en iniciativas de carácter ecuménico. El primero no hacía sino continuar en consonancia con la concepción teológica consolidada en la segunda mitad del siglo anterior, y se puede comprender que era contemplado con rechazo por parte de los otros cristianos, pues con él se negaba la legitimidad de su fe. La segunda parecía tanto más necesaria a la jerarquía para contrarrestar, lógicamente desde la convicción de ser la única Iglesia de Cristo, las muchas iniciativas que estaban bullendo fuera de ella a favor del reencuentro de las Iglesias cristianas, con lo que las medidas restrictivas se encontraban en craso y dramático contraste con aquéllas y resultaban particularmente duras para los católicos conscientes de la urgencia de los compromisos a favor de la unidad.

Ninguna expresión más elocuente conoció la postura romana en relación con el movimiento ecuménico en esa primera mitad de siglo que la encíclica de Pío XI *Mortalium animos* (1928), tan clara y terminante en sus planteamientos teológicos acerca de los «alejados» que, entre las muchas reacciones de decepción, amargura y aun cólera por la negación de valores positivos en los no católicos, motivó el comentario del arzobispo luterano. No Söderblom: «Después de esta encíclica sería estúpido e infantil esperar reflexiones comunes sobre una unidad en cualquiera de sus formas». Lo que el ilustre ecumenista desestimaba era que el movimiento era ya imparable, aun cuando se acudiera a las más serias disposiciones autoritarias. De hecho, sin carácter oficial, muchas veces al borde de la legalidad por no contar con ningún respaldo, y arrostrando, por tanto, sanciones canónicas, no faltaron eclesiásticos y laicos católicos que siguieron acudiendo a reuniones y desarrollando iniciativas para un mejor conocimiento, aproximación y colaboración entre las Iglesias.

En este camino sería injusto ignorar la importancia, no por profunda e inverificable menos real, de la participación común en el Octavario de oración por la Unidad. Aunque de inspiración anglicana y

mirado inicialmente con desconfianza por la Iglesia romana, tras pasar por distintas formas y orientaciones fue finalmente aprobado y extendido a ésta por Benedicto XV en 1916, si bien entonces, desde luego, rezaba por el «retorno» de los separados de la verdad. Los incansables esfuerzos durante un cuarto de siglo del abbé Couturier, no siempre aceptados ni comprendidos por todos, lograron que se realizara un cambio fundamental: orar por la conversión de todas las Iglesias, incluida la católica. La meritoria labor del sacerdote francés está en el origen del «ecumenismo espiritual», resaltado como básico por Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint*. En cuanto al Octavario, en la actualidad es preparado conjuntamente por el CEI y el Vaticano.

La Iglesia católica no se integró en el CEI a raíz de la fundación de este organismo, y Pablo VI confirmó, al visitarlo en 1969, que los problemas organizativos y teológicos existentes justificaban ese distanciamiento, mientras que el modo de relación que se había ido desarrollando se mostraba fructuoso. Y en efecto: de una primera y tímida presencia de observadores oficiales del Vaticano en instituciones ecuménicas, se ha pasado en cuarenta años a intensas colaboraciones, sobre todo en el marco de Fe y Constitución, a la creación de numerosos grupos mixtos de trabajo o a la intervención católica en movimientos como SODEPAX, que se ocupa de problemas del tercer mundo, entre otras muchas manifestaciones. Un singular testimonio del avance realizado, si no contra toda esperanza, sí casi contra toda probabilidad, se refleja en el documento emitido por el comité central del CEI en su reunión de septiembre de 1997, cuando afirma: «La Iglesia católica romana, es, desde muchos puntos de vista, un interlocutor valioso del CEI... Es inconcebible que el CEI o la Iglesia católica realicen su vocación ecuménica cada uno sin el concurso del otro. Y es preciso esperar que el uno y la otra buscarán los medios de profundizar y desarrollar esta relación». Si el balance de este largo y accidentado itinerario contiene innegables elementos satisfactorios, ellos deben alimentar el impulso para proseguir conjuntamente en los esfuerzos hacia una meta que todavía aparece en un horizonte distante.

Los diálogos ecuménicos

Nos queda por evocar, dentro de la rapidez de esta somera enumeración, un último factor de peso sustancial en la superación de

las diferencias, sobre todo doctrinales, entre las Iglesias cristianas: los diálogos ecuménicos. El gran volumen de actividad que representan entre las iniciativas interconfesionales corre parejo con su elevado nivel de representatividad y con el valor de los resultados obtenidos, insospechados hace apenas un par de generaciones. De hecho, hoy día aparecen como un instrumento preferente en el avance hacia la unidad de los cristianos.

Iniciados por la Federación Luterana Mundial en 1964, pronto conocieron el apoyo y la participación de una Iglesia católica en plena efervescencia de la renovación suscitada por el Vaticano II. Otras Iglesias e instituciones se sumaron hasta constituir una densa, aunque poco visible, red de intercambios, elaboración de estudios y emisión de documentos. Sus temas han sido y siguen siendo todos los controvertidos y causantes de división histórica entre los cristianos: concepción de los sacramentos o del primado pontificio, valor del ministerio episcopal o postura ante los matrimonios mixtos, doctrina de la justificación o el mismo concepto de unidad se cuentan entre ellos.

Sostenidos entre varias o únicamente dos Iglesias, efectuados por comisiones mixtas designadas por éstas o con menor alcance oficial, llegando a distintos niveles de convergencia, acuerdo o consenso respecto de las materias debatidas, del despliegue realizado en pocos años por esta actividad de encuentro da idea el que un registro preparado en 1993 contaba 150 diálogos solamente de carácter bilateral. Los textos de los documentos que han elaborado ocupan gruesos volúmenes. Fácil es suponer que este crecimiento no se ha producido sin dificultades y obstáculos de índole teológica o psicológica: ha habido que arrinconar viejas reivindicaciones históricas, renunciar a la defensa de espacios doctrinales familiares y queridos, sortear las tentaciones tanto de una fácil nivelación de las creencias, consecuencia quizá, en definitiva, de una pura indiferencia ante la verdad de Cristo, como del refugio en una seguridad fundamentalista... Todo ello no se habría podido realizar si no hubiera estado presidido por la convicción de que el diálogo representa un lugar cualificado para la acción del Espíritu, perceptible ya en el hecho de su misma puesta en marcha, pero también en las calidades cristianas que acompañan su realización y en las conclusiones, a veces inesperadas, a que conduce.

Mirando hacia el futuro

Este sucinto recorrido histórico nos ha podido ayudar a captar las principales fases por las que ha atravesado el movimiento ecuménico, sus logros y algo también de los escollos encontrados. Pero el movimiento no se ha detenido: continúa y debe continuar mientras no sea plena realidad el encargo de Cristo de que sus seguidores y discípulos vivan unidos su fe en él y en la proclamación al mundo de la buena noticia. Los pasos para ello implican a las «bases cristianas» y a especialistas, teólogos y directivos de las Iglesias, a quienes viven cotidianamente el hecho de la pluralidad confesional y a quienes se interesan eficazmente por el progreso hacia la unidad desde espacios marcados más singular o mayoritariamente por una de las Iglesias cristianas. La tarea de «conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz», creciendo hacia «un solo Señor, una fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos» (Ef 4, 3-6) (lo que, por supuesto, no debe confundirse con la uniformidad en la expresión de esa fe ni en la alabanza a ese Padre) es una tarea de Iglesia, y eso quiere decir de todo el Pueblo de Dios y de cada uno de sus miembros, en su variedad de puestos, capacidades, carismas y funciones, sin que nadie tenga que sentirse dispensado de contribuir a ella, ni en nombre de la comodidad ni en nombre de la ignorancia, por no hablar de otras excusas todavía más rechazables.

Ningún observador dispone de medios completamente fiables para conjeturar cómo van a redundar estos principios en la plasmación del futuro del movimiento ecuménico. Por eso, más que arriesgar ningún tipo de profecía, me voy a permitir, al terminar este recorrido, nutrir la mirada hacia el futuro con tres aspectos que me parecen relevantes para la prosecución de este camino. No son, como se verá, de índole estrictamente doctrinal-teológica, aunque, obviamente, poseen un fuerte trasfondo de este género. Al situarlo en el orden de los deseos no intento decir que no sean ya realidad actual: todo lo contrario. Pero pienso que, seguramente junto a otros muchos que se podrían mencionar si el espacio lo consintiera, están necesitados de intensificación, y que de esa intensificación y toma de conciencia efectiva respecto de ellos depende mucho para el porvenir de una fe cristiana profesada en común por todos los creyentes en nuestro mundo actual. Son los siguientes:

- a) *La preocupación y colaboración de los cristianos en las tareas y problemas que afectan al conjunto de la humanidad.* En primer lugar, se precisa tomar noticia de las situaciones conflictivas, sea cual sea el origen del conflicto, aportándose mutuamente los elementos de que cada uno disponga para solventes análisis de la realidad. Pero, una vez conocida ésta, los cristianos, solicitados por retos que no saben de fronteras confesionales, porque afectan simplemente a la condición de persona humana y a su dignidad creada y querida por el Dios Padre de todos, no deberían vacilar en afrontar compromisos compartidos a favor de la paz, de la justicia, de la fraternidad, de la superación de los desequilibrios sociales y de la eliminación de todo tipo de discriminación.
- b) *La difusión entre todos los cristianos de los avances ecuménicos efectuados.* Existe un grave déficit en la comunicación a las bases de las Iglesias de los acuerdos o consensos adoptados en aspectos doctrinales por parte de sus representantes. Como consecuencia, subsisten, incluso entre los «enterados» o interesados, imágenes y convicciones clásicas e inveteradas respecto de la otra Iglesia y de los puntos de divergencia, muchas veces hace tiempo superados u objeto de enfoques mucho más matizados. Ninguna aproximación ni estima de los «otros» puede progresar sobre unas convicciones erróneas o que no responden ya a la realidad.
- c) *La extensión de la inquietud ecuménica a la valoración cristiana de las otras religiones.* No se puede ignorar que contenidos y metodología de la búsqueda de la unidad por quienes comparten la fe en Cristo y el reconocimiento del valor salvífico de las religiones ajenas al cristianismo son capítulos diferentes y no deben confundirse. Los respectivos diálogos en uno y otro ámbito se verifican, por tanto, sobre presupuestos distintos. Esto no obsta a que para el conjunto del cristianismo la existencia de las religiones, con sus reivindicaciones de ofrecer caminos de salvación como la fe en Cristo lo afirma de sí misma, con sus profundas experiencias en la relación con la divinidad y con su fecundidad en el terreno de la espiritualidad o de los valores humanos, constituya una cuestión imposible de eludir.